

IX. EL SANTUARIO EN EL SIGLO XIX

1. El Pilar durante los Sitios

En los primeros decenios del siglo XIX se registraron dos sucesos concomitantes: el progresivo deterioro de las bóvedas de la catedral del Pilar y la progresiva penuria de fondos destinados a la reparación de las averías y daños. Esta situación se agravó con la **Guerra de la Independencia**. A partir del 2 de mayo de 1808 se generalizó en toda España un levantamiento contra las tropas napoleónicas ocupantes. Nos ceñiremos a lo sucedido en Zaragoza durante el segundo Sitio.

El 20 de diciembre de 1808 fue asediada esta ciudad por 45.000 soldados franceses. El día 21 empezaron a bombardear los reductos. La ciudad ofreció una resistencia heroica hasta el 20 de febrero siguiente. Movilizó a los zaragozanos la fe en que la Virgen del Pilar jamás permitiría que cayesen en manos de unos enemigos de Dios, su confianza en los 30.000 soldados de guarnición y el genio indómito de la raza que no permite esclavitud. El templo del Pilar se convirtió en refugio colectivo cuando empezaron los bombardeos contra el caserío²⁰⁴. Espiguemos en el *Diario de F. Casamayor* algunos episodios ocurridos en los meses de enero y febrero de 1809.

Día 11 de enero, miércoles. Sigue el fuego de cañones, obuses y morteros con el mismo tesón. Se celebraron misas continuas en la santa Capilla y hubo continuo concurso de gentes para suplicar amparo y dar gracias por favores. Tanta fue la cantidad de bombas que caían que no se podía aguantar. Una de ellas cayó en el Pilar, en la capilla de S.Juan, donde estaba reunida una gran porción de religiosas, pero no hizo daño a ninguna.

Día 27, viernes. Hubo asalto general. Se tocó la generala y se trabó un fuego

²⁰⁴ Casamayor, F., *Años políticos e históricos de las cosas particulares ocurridas en la I y A.C. de Zaragoza*. Ms. en la B.U.Z.

furioso y vivo, pasando de 1200 las bombas que tiraron. Toda la gente se refugió en la iglesia de Nuestra Señora del Pilar por no hallar otro recurso en tan grave situación. Todas las demás iglesias estaban cerradas.

Día 28. Es imposible describir cuanto ocurrió este día en tan críticas circunstancias, pues sólo el cuadro que presentaba la santa Capilla de Nuestra Celestial Patrona hubiera cansado los ánimos más valientes. Allí se refugió todo el pueblo, llegando a poner sus camas junto a su tabernáculo, no creyéndose seguros sino a la presencia de quien era todo su alivio y consuelo.

Día 29. Fue un continuo ataque día y noche en todos los puntos de tal modo que sólo nuestro valor y el amparo de nuestra Patrona pudieron evitar que no hubiésemos perecido, habiendo sido atacados vivamente a las doce la noche, nueve de la mañana, doce del día, a las tres de la tarde y a las once de la noche, lo que tenía a todos en la mayor consternación, huyendo unos a las casas de los otros por el terror de las bombas, y llegando a ser tan considerable el número de enfermos que todo el circuito de la santa Capilla estaba lleno de camas y aun en las capillas próximas, lo que llamó la atención de su Excelencia (Palafox) que mandó que se retirasen y que se purificase, lo que verificó el administrador mayor de Santa María, don Mariano Lostre, corriendo a cargo de las muchas religiosas que habitaban en el santo templo el aseo y limpieza de la iglesia. (A su vez, mosén Ramón Cadena escribía que el hacinamiento de enfermos y heridos con sus colchones y enseres producía un hedor que trastornaba y embotaba la cabeza).

Día 31, martes. Desde la mañana se tocó generala. Su Excelencia (Palafox) salió a animar a los paisanos haciendo llevarles comidas, y después fue a visitar a nuestra Soberana Patrona y a pedirle consuelo en las apuradas circunstancias, y además pasó un aviso al Sr. Presidente del Cabildo para que expusiese el Santísimo en ambos santos templos, lo que se verificó. Los religiosos estaban encargados de fabricar los cartuchos en la sacristía mayor. Las monjas hacían la limpieza y el aseo con el mayor celo.

Día 2 de febrero. Fiesta de la Purificación de Nuestra Señora. No hubo bendición de candelas, pero pasaron de dos mil las que llevaron las gentes a Nuestra Señora del Pilar para que iluminasen. Este día fue un volcán continuado, acometiendo el enemigo por todos los lados.

Día 5, domingo. Hoy nos tiraron muchas granadas y bombas, cayendo algunas en el templo de Nuestra Señora del Pilar, pero sin hacer daño personal, cuya santa Capilla estaba iluminada e inundada de gentes todo el día y noche. Todos los conventos de la ciudad estaban inundados de enfermos, pues enfermó casi toda la tropa, que fue una de las mayores fatalidades que sobrevinieron, por cuya causa todo el trabajo cayó sobre los paisanos.

Día 8. Hoy todo el día fue fuego y Zaragoza padeció lo que no será creíble sino a los que lo vimos, causando tantas ruinas en los edificios que parecía que iban todos abajo. La santa iglesia de Nuestra Señora se llenó de enronas (escombros) por el daño que hicieron las bombas que taladraron las bóvedas de los óvalos de encima de la sacristía y de la cúpula de Santa Ana, cuyo destrozo causó tanto ruido que parecía que iba todo abajo. Se llenó la iglesia de un humo tan denso que la oscureció toda apagando sus lámparas, desquiciando sus paredes, pero no fue bastante tanto riesgo para separar la gente de los pies de su Patrona, ante cuya Imagen se cantó la letanía mayor pidiéndole patrocinio y amparo.

Día 10, viernes. Este día cayó una bomba en el Pilar, en la capilla de S. Antonio sin reventarse; pesaba más de nueve arrobas.

Día 19, domingo. Este día murió mucha gente. No se veía un alma por las calles, Basta decir que hasta la santa Capilla y la iglesia de Nuestra Señora estaba casi sola.

Día 20, lunes. No había fuerzas para atender a tanto estrago, y en vista de que la guarnición había quedado reducida a 2800 soldados de infantería, la Junta de Defensa pidió la capitulación, que fue concedida por el mariscal Lannes con todos los honores de la guerra. Al día siguiente salieron los defensores de la ciudad en número de unos 8000 hombres, incluyendo los paisanos, por la puerta del Portillo, desfilaron por delante del mariscal y entregaron sus armas en la Aljafería²⁰⁵.

Añade Casamayor que el mariscal Lannes se llevó una docena de las bellísimas piezas del joyero de la Virgen, las mejores, más famosas y más brillantes, únicas en su especie en toda España, valoradas en 130.000 pesos fuertes. Por vía de ejemplo describiremos una de ellas, «*El Cisne y sus polluelos*». Tenía mil novecientos diamantes brillantes en forma de corazón, figurando en el centro un cisne con las alas tendidas, descansando en un tronco con un polluelo a cada lado. La había donado a Nuestra Señora del Pilar la reina doña María Bárbara de Braganza, esposa de Fernando VI²⁰⁶.

2. La consagración del templo barroco del Pilar

La situación de ruina generalizada, originada por los Sitios, obligó a limitarse a reparaciones poco costosas en el templo del Pilar por carencia de medios económicos²⁰⁷. Quedaban pendientes de ejecución la gran cúpula central sobre el

²⁰⁵ *Ibidem*.

²⁰⁶ Aína, L., *o. c.*, p. 223.

²⁰⁷ Oliván, F. y San Vicente, A., *El Templo del Pilar durante los Sitios*.

crucero, las cuatro pequeñas cúpulas que encuadran la mediana elíptica del coro, tres torres de los ángulos y la reforma ornamental.



El arzobispo García Gil.

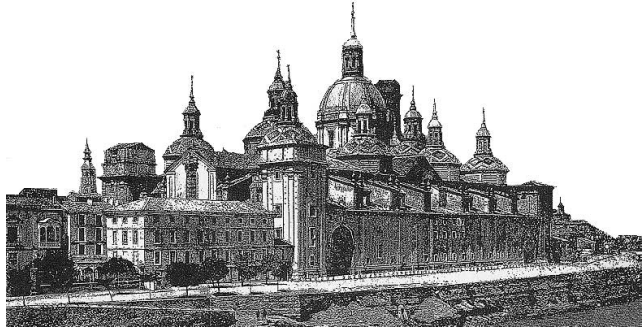
En 1858 fue promovido a la sede cesaraugustana el eminente teólogo dominico fray **Manuel García Gil** (1858-1881). Pronto se dio cuenta de la conveniencia de dar remate al grandioso templo y embellecerlo debidamente. Juzgó como un aviso del cielo el donativo de ochocientos mil reales hecho por un devoto de Madrid el 30 de junio de 1863. Tanteó el ambiente y reemprendió las obras el 22 de octubre. Por fuerza mayor la catedral quedó cerrada al ejercicio del culto; sólo se utilizó el ámbito de la santa Capilla²⁰⁸.

Se comenzó por la reforma ornamental. Se eliminó la decoración churriguesca de los pilares y muros en la parte correspondiente a la catedral como aconsejó V. Rodríguez. Se fabricaron también diez puertas de nogal talladas para los accesos exteriores. El 28 de mayo escribió el señor arzobispo una carta a sus diocesanos con el fin de reavivar los ánimos. Formó una **Junta de Obras** en la que participaron fuerzas vivas de la ciudad. Llovieron donativos. Ante el éxito de una suscripción popular, pues se recaudaron en dos meses medio millón de reales, se tomó el acuerdo de dar principio a la ingente empresa: levantar la gran cúpula central. El 3 de marzo de 1866 fue aprobado el proyecto elaborado por los arquitectos José Yarza y Juan Antonio Atienza. Se empezó por eliminar el 2 de mayo el cascarón que cubría el crucero. La obra se presentaba arriesgada por las colosales dimensiones de esta cúpula cuyo anillo mide 16 m siendo su altura de 80,10 m desde la cruz al pavimento. Un peso total de diez mil toneladas soportan las cuatro pilastras. Con simultaneidad a esta operación se fueron montando también las cuatro cúpulas pequeñas. Se recurrió a la subasta de las joyas de la Virgen para enjuagar los gastos. Apareció la bandera en lo alto de la cruz el 8 de diciembre de 1869 coincidiendo con la inauguración del concilio Vaticano I.

Se necesitaron dos años más para la ornamentación interior. Artistas aragoneses —Unceta, Pescador, Abadía— dirigidos por Bernardino Montañés, pintaron el interior del tambor con escenas alusivas a la Coronación de la Virgen, Aparición a Santiago, Mártires aragoneses, etc. Se anunció que la consagración tendría lugar el 10 de octubre de 1872. Así se expresaba el señor arzobispo:

²⁰⁸ Mullé de la Cerda, G., *El Templo del Pilar*, 2.^a parte, cap. I (sin paginación).

Vista del templo del Pilar en 1872.



«La consagración de un templo es un rito antiquísimo y altamente significativo. Esta gloria no podía faltar al celeberrimo Pilar de Zaragoza que, si bien fue bendecido y consagrado por la venida de la Santísima Madre de Dios y del apóstol Santiago, (...) no por eso es menos conveniente que todas las bendiciones de la Iglesia sean invocadas sobre este grandioso templo y que el óleo santo bañe sus altares y muros para que todo sea grande en él. Y aumentada su decoración material, crezca mucho más la religiosidad de los fieles, el respeto y veneración a tan sagrado lugar y la más tierna y filial confianza a la excelsa patrona de España».

Ceremonia de la consagración

El programa de las fiestas atrajo a muchísima gente. Señalan las crónicas que la población de Zaragoza —que alcanzaba unas setenta mil almas— se triplicó durante estas fiestas. Acudieron 16 prelados de España. Los demás tuvieron que desistir a causa de la penuria que sufría el clero. Para el día 10 visitantes y peregrinos habían atestado las posadas y fondas, los palacios y viviendas. De madrugada los artilleros colocaron una batería en la ribera del Ebro con la orden de anunciar con sendas salvas de 21 cañonazos los tres momentos importantes: comienzo y fin de la consagración y el alzar de la misa. Una escolta de honor de caballería e infantería se situó en la plaza del Pilar.

Actuó de consagrante el arzobispo de Santiago de Compostela, cardenal **Miguel García Cuesta**. A las seis y media salieron del templo todas las personas, se apagaron las luces, se cerraron las puertas y dio comienzo la ceremonia, que duraría cerca de siete horas. Una inmensa muchedumbre abarrotaba los alrededores del edificio.

El cardenal consagrante se colocó con sus ayudantes en la puerta alta de la plaza, considerada como la principal. Desde allí dio tres vueltas al templo repartiendo aspersiones para purificarlo por el exterior. Después ingresó con su séqui-

to en el templo y repitió las lustraciones en triple vuelta. Se extendió ceniza en el sentido de las diagonales y el cardenal escribió sobre ella el alfabeto griego desde la capilla de San Agustín a la capilla de San Juan, y el alfabeto latino desde la capilla del Rosario hasta la de Santiago.

Salieron para recoger las reliquias. Con ellas entró también en procesión la muchedumbre, que llenó por completo el templo. El cardenal consagró el altar principal ungiéndolo con óleo santo y simultáneamente el prelado diocesano el altar central de la santa Capilla y el arzobispo de Burgos el de la capilla de San José. Deben ungrirse también los muros. Previamente se habían incrustado en ellos doce círculos —tres a cada lado—, de mármol blanco. El consagrante fue trazando sobre cada uno de ellos una cruz roja y después las ungió una por una.

Los cañonazos y el volteo de todas las campanas de la ciudad anunciaron el final de la ceremonia. A continuación, García Cuesta celebró misa solemne de la dedicación a la que asistieron en sitios de honor las autoridades. Los obispos ocuparon siales en el coro. Eran pasadas las doce y media para cuando la residencia del Pilar despedía en la puerta a las autoridades y prelados²⁰⁹.

Otro acto importante estaba programado para las cinco y media de la tarde, cuando la noche hubo extendido su manto: un solemne tedéum de acción de gracias. Las autoridades y obispos invitados ocuparon el presbiterio; una inmensa multitud las naves, Producían un efecto fantástico las dos mil luces que brillaban en los cornisamientos sin contar las de la santa Capilla. En ese ambiente vibraron los sonoros acordes y bellísimas melodías de la composición de Hilarión Eslava, ejecutada por más de cuarenta músicos y sesenta cantores desde el balconcillo interior de la cúpula.

La fiesta del día 12 tuvo un esplendor inusitado en la misa pontifical, procesión general de la Virgen y la del Rosario general, que salió hacia las ocho de la tarde. Siguiéron solemnes cultos durante toda la octava.

Los festejos populares estuvieron en consonancia con los actos religiosos. Número extraordinario constituyeron las corridas de toros. Los días 13 y 14 se lidiaron cuatro toros por la mañana y ocho por la tarde. El día 15 sólo se lidiaron ocho por la tarde. En total murieron 32 toros y 85 caballos. En los días que duraron las fiestas regocijaron a la gente dianas, gigantes y cabezudos, iluminaciones en las calles y plazas, fuegos artificiales, distribución de premios en las escuelas, conciertos corales e instrumentales, certamen poético propuesto por la Universidad, cabalgata histórica, etc. Las fiestas del Pilar de 1872 quedaron particularmente memorables en los fastos de la historia zaragozana²¹⁰.

²⁰⁹ *Ibidem*.

²¹⁰ Aína, L., *Fiestas de la dedicación en 1872*. Rev. D.O., 1872.